

EL PREHISTÓRICO HAMBRIENTO

Sentado en su terraza y construyendo armas hechas con palos. Plantando semillas de frutos y pintando bosques. Se asomaba al balcón y deseaba poder salir. Ese niño se llamaba Bruno, y le encantaban los animales. Estaba alegre de que el planeta estuviera más limpio que nunca pero triste por no poder salir al campo y por no poder ver a sus amigos. Llevaba un mes y medio sin poder salir por el coronavirus.

Se hacía armas porque estaba investigando sobre la prehistoria y descubrió cómo hacían las cuerdas y el instrumento más antiguo, la bramadera. Flipó con todo esto. Bruno afilaba sus armas con una navaja de su padre, se cortó dos veces, pero siguió adelante. Se fabricó tres cuchillos y una lanza. Una tarde su padre le trajo de merendar frambuesas, cogió una, le quitó las semillas y las plantó. Esa noche estuvo pensando en las frambuesas, si iban a crecer, y se imaginó si a los prehistóricos les habrían venido bien esos frutos. Cuando Bruno se durmió soñó con este cuento:

“Hace mucho tiempo, en una tarde invernal, una tribu de hombres prehistóricos preparaba sus armas para salir a cazar. Al salir de la cueva vieron que no había ninguna presa, durante una hora buscaron algo que comer, y tuvieron que volver a su gruta y comer restos.

En la cueva estaba Vela, un niño alegre que pintaba su mano en las paredes. Estaba hambriento, cuando le contó su madre que no había comida se decepcionó mucho. Al atardecer, a escondidas, salió de la cueva a buscar carne. Llevaba ropa de piel de mamut y un cuchillito hecho con un palo que había afilado con una piedra. Después de andar durante unos minutos vio una cosa extraña, había un pequeño animal comiendo algo rojo, primero pensó en cazar al animal, pero luego pensó en cazar lo rojo. Esperó a que el animal dejara de comer, unos minutos después el animal dejó de

comer. Vela vio que al animal no le pasaba nada por comer el fruto rojo, lo arrancó de una rama y se arriesgó a probarlo, sabía bien, le gustó tanto que le puso un nombre. Decidió que lo llamaría frambuesa.

Cogió un puñado y lo llevó a la cueva, allí estaba la tribu buscándole. Uno gritó ¡aquí está!. Vela le enseñó a la tribu las frambuesas, y se atrevieron a probarlas. Desde ese día la tribu podía cazar menos, todo gracias a Vela. Además de comerse las frambuesas, Vela descubrió que podía pintar rojo en las paredes con el jugo. La madre de Vela estaba muy contenta con su hijo explorador. A la entrada de la cueva había dibujado una gran frambuesa.”

Por la mañana, después de desayunar Bruno fue a ver a sus frambuesas y descubrió que estaban creciendo.

FIN